Amor con mayúscula

"Hablemos del amor una vez más, que es toda la verdad de nuestra vida", comienza una canción de Manuel Alejandro. Y precisamente ése es el tema que eligió Benedicto XVI para su primera encíclica, titulada *Deus charitas est*, título que recoge la conocida cita joánica "Dios es Amor" (I Jn. 4, 8). Y es que por mucho que el hombre se empeñe en buscar otros alicientes vitales, el amor sigue siendo la fuerza que lo mueve todo, por lo menos lo verdadero, y en especial el amor de Dios, y fuera de esto no hay más que vanidad y vacío (cf. Qo. / Ecl. 1, 2).

Esta magnífica encíclica está estructurada en dos grandes partes. La primera, titulada "La unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación", presenta una reflexión teológico-filosófica sobre el amor en sus diversas dimensiones precisando algunos datos esenciales del amor de Dios por el ser humano y de la unión intrínseca que ese amor tiene con el amor humano. Se nos habla del *eros*, el amor entre hombre y mujer, que en el Nuevo Testamento sobre todo se desarrolla hasta alcanzar una dimensión oblativa o *agapé*. El sentido de esta profundización es que el *eros* tiene necesidad de orden, pureza y madurez para no perder su dignidad original y no degradarse a puro sexo. Con una actitud de permanente donación al otro, el hombre sale de sí mismo, redescubriéndose y elevándose hacia lo divino. Así, en esta conjunción de *eros* y *agapé*, se cumple la verdadera naturaleza del amor. En Jesucristo, el amor alcanza su forma más sublime; Él se nos da en alimento bajo las especies eucarísticas y de esta manera nosotros nos unimos a Él y al mismo tiempo a todos los demás, convirtiéndonos en un solo cuerpo.

La segunda parte, se titula "*Charitas*, el ejercicio del amor por parte de la Iglesia como «comunidad de amor»", y trata de la experiencia concreta del mandamiento del amor hacia el prójimo. En esta sección de la encíclica, se nos habla fundamentalmente de que el amor al prójimo debe ser reflejo del amor trinitario en cada fiel y en toda la comunidad eclesial. La práctica de esta obligación moral ha necesitado siempre de organización en el seno de la Iglesia, desde la institución de la figura del diácono, en cuyo servicio se unen inseparablemente el anuncio de la Palabra, la celebración litúrgica y la asistencia caritativa. A partir del siglo XIX, la Iglesia ha desarrollado una doctrina social que propone orientaciones que afrontan de lleno las situaciones problemáticas que afectan al hombre. Sin embargo, la creación de un orden social justo es un deber político. La doctrina social de la Iglesia sólo pretende purificar e iluminar la razón para que las exigencias de la justicia sean percibidas, reconocidas y realizadas. Pero no existe ninguna normativa estatal que pueda hacer superfluo el servicio del amor. La actividad caritativa cristiana debe fundarse, además de en la competencia profesional, en la experiencia personal de Cristo, cuyo amor toca el corazón del creyente y suscita en él el amor al prójimo. Debe ser independiente de los partidos políticos y las ideologías. Debe ser gratuito y no un medio para alcanzar otros fines. Y siempre debe estar sustentada por la oración, para evitar caer en el absolutismo humano o en la resignación y vencer así la oscuridad y el egoísmo presentes en el mundo.

A continuación les cito algunos puntos de la encíclica que me parecen de especial interés: nn. 10-11 ("La novedad de la fe bíblica"), nn. 14-15 ("Jesucristo, el amor de Dios encarnado"), n. 28 ("Justicia y caridad"), nn. 33-36 y 39 ("Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia") y nn. 41-42 (Conclusión).

Con este documento, el actual Vicario de Cristo quería presentar un pontificado marcado por el análisis, la reflexión y la interiorización del misterio de Dios. Por ello, no es casualidad que en él nos hablara de la esencia fundamental de la divinidad. Les recomiendo que no dejen de leer esta encíclica, que verdaderamente ilumina y a la vez renueva los conceptos tradicionales del amor divino y humano.

Para finalizar, una cita paulina sobre las excelencias de la caridad: "La caridad no acaba nunca. (...) Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad." (I Co. 13, 8. 13).